

Javier García Sánchez

La casa de mi padre



Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

JAVIER GARCÍA SÁNCHEZ

La casa de mi padre

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

La casa de mi padre
(Una historia moral)

Contra los lobos,
contra la sequía,
contra la usura,
contra la justicia,
defenderé
la casa
de mi padre.

Gabriel Aresti

HI

Me quitarán las armas
y con las manos defenderé
la casa de mi padre;
me cortarán las manos
y con los brazos defenderé
la casa de mi padre;
me dejarán
sin hombros
y sin pechos,
y con el alma defenderé
la casa de mi padre.

Gabriel Aresti

Cuentan los *Anales Hisedianos* que en el pueblo las cosas nunca habían dejado de ser como fueron siempre. Que se tenga constancia de ello, la única ocasión en que alguien intentó modificar de modo levísimo ese curso aparentemente natural de los hechos fue cuando un paisano del Concejo local, que sin duda en aquel malhadado día iba de listo o cogorza perdido, propuso tan rica y alegremente, para escarnio de los escandalizados presentes, que a los escasos habitantes del entonces villorrio de Hiseda se les llamara hisedienses en vez de hisedianos, como desde los evos habían sido. Aquello supuso un hito hisédico en toda regla. Tan insolente lenguaraz fue lanzado desde considerable altura a una poza conocida como el peñasco de *Saltamorito*, con pavorosos remolinos y corrientes voraginosas que provocan enorme estruendo. Al me-

nos así lo dice la leyenda, y así se lo cuentan padres a hijos, y éstos a los suyos. Se desconoce si el desafortunado pereció o no, aunque eso es una simple anécdota que hace reír a mandíbula batiente, aún hoy en día, a los habitantes de Hiseda, sucesores directos de aquella turba que al parecer sintió en sus carnes la cruda hiel del despecho. Diríase que sus descendientes parecen hallar en tales pormenores, todavía en la actualidad, una suerte de indecible deleite intelectual cuando relatan dichas hazañas, demostrativas de su honda convicción existencial, su vigor ciudadano y una firmeza de ideas de la que nunca dejaron de hacer gala.

Otras versiones, éstas pertenecientes a un facsímil de dudosa tachadura y no menos incierta época, titulado de modo escueto *Crónicas Hiseditas* –fuente apócrifa de la que no queda prueba documental alguna, pues al transmitírsela oralmente por generaciones acabó perdiéndose, como era de esperar–, insinúan que al susodicho espabilado del Concejo lo que en realidad hicieron, luego de invitarle a «un memorable remojón no se sabe con certeza dónde», pues de las abismáticas fauces de piedra de *Saltamorito* no habría salido vivo ni ayudándole toda una cohorte de bravíos arcángeles, fue literalmente tundido a varazos de tejo entre crueles chanzas e hirientes rechiflas. Lo cual se antojaría cosa harto lógica, ya que los habitantes de esa zona de Hiseda situada junto a la torrentera de *Saltamorito*, autores materiales del escarmiento, estaban en su mayor parte sordos como una tapia debido al ruido constante del agua, y por tal razón solían mostrarse especialmente hoscos. Cabe decir, más hoscos que el resto de los hisedianos, lo que ya sería decir.

Pero antes de seguir acaso conviniera aclarar que *Saltamorito* tiene un significado muy especial en el valle de Rantroño, marco geográfico en el que se encuadra la población de Hiseda, y con ella este relato. Dicho significado se remonta a cuando, habiendo algún que otro musulmán por estos verdes parajes, que haberlos húbolos –aunque despistados y seguro que confiando en que sus valijas y arcones repletos

de especias, telas, joyas o, puestos a ser ingenuos, su preciado bagaje cultural, iban a servirles de algo, lo que no fue así–, al parecer era cogido y llevado de inmediato a ese peñasco, como lo llamó alguien, «de los suplicios por disuasión o por pasiva», pues en Hiseda nunca fueron muy perifrásticos. Por ejemplo, ellos suelen mentar el refrán «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda», a su especial manera: «¡Seda aunque la mona, vestir pueda jamás!», así, a voces, para que quede claro. Y vaya si queda. Ahora sigamos imaginando la historia. Aquella exigua aunque ruda cristiandad exigía su compensación en forma de improvisado y expeditivo sacrificio: «Anda, salta morito», le decían. Si titubeaba, bastonazo, empujón y al agua despanzurrado. Más de uno tuvo que acabar de tal guisa para que tanto al peñasco como a la temible poza que está a sus pies terminaran conociéndoselos comúnmente de ese modo. En épocas posteriores allí fueron llevados enojosos recaudadores de impuestos, perseverantes esposas adúlteras o simples ladronzuelos de gallinas y conejos, aunque tan sólo para darles otros tratamientos especiales a modo de lección: *Saltamorito* era el sitio donde, en pelota picada y haciéndoles descender entre claustrofóbicas paredes de piedra mediante una especie de jaula hecha de cañas, cuerdas y troncos, se les daba un baño de impresión. El susto les duraría de por vida, a buen seguro. Marca de la casa.

Y aún medra una tercera versión respecto al nombre de Hiseda y su iconología secreta, ésta perteneciente asimismo a manos anónimas, de cuando se redactaba con pluma de ánsar untando la punta a modo de bisturí en gruesos tinteros de mármol o hierro. Fueron aquéllas unas manos desalmadas, vive Dios, pues sólo así podía tildarse a quienes insistían en denominar como Dios no lo manda a los lugareños, con lo poco que costaba hacerlo como el Creador designó. Manos sibilinas que serían las causantes del infame libelo *Mitología Hisedetana del último siglo*, donde además se aclaraba que no eran de tejo sino de roble las

varas con las que zurraron a aquel desgraciado por su ocurrencia lingüística. Él fue el promotor de la leyenda. Pero ¿qué leyenda exactamente? La que forja el espíritu incólume de estas tierras.

Centrémonos en detalles de cierto interés antropológico para el desarrollo coherente de nuestra crónica, máxime teniendo en cuenta que las diversiones predilectas de los hisedianos a lo largo del tiempo fueron, en orden ascendente de favor popular: 1.– Mozos tirando de una cuerda para tumbar una enorme haya, 2.– mozos y no tan mozos engullendo sin tregua un sinfín de chuletones de novilla, a ver quién resistía más tiempo sin vomitar o desmayarse con claros síntomas de intoxicación, pues el alcohol acompañó siempre de forma silente y generosa tan festiva y gastronómica especialidad, y 3.– el así llamado *vuelacán*, actividad ésta de solaz que suele enardecer a los hisedianos y que consiste en poco más que lanzar, con espíritu lúdico y por los aires, sucesivas hornadas de perros. Un par o tres de generaciones atrás el *vuelacán* estaba en su apogeo. Incluso otros pueblos limítrofes llegaron a poner en práctica la modalidad de lanzamiento de perro, a ver quién llega más lejos, pero la abandonarían al poco, quizá sabedores de que era imposible superar la perseverancia de los hisedianos en la depurada técnica del *vuelacán*, tanto en calidad como en cantidad. No era de extrañar tampoco, pues, que en época de fiestas los perros desapareciesen del pueblo como por arte de magia. Deben haber aprendido a transmitirse genéticamente y por gruñidos las señales de alarma. A los despistados o recién llegados los trincan, sin más. En su presuntamente romo discernimiento se dirán unos a otros: «Llegan Fiestas, colega, y esta panda de animales va a liarla con nosotros. ¿Tú quieres sentirte pelota? ¿No? Pues entonces, por patas...». La verdad es que solían tirarlos desde muros o ventanas, poniéndoles debajo algo para amortiguar el impacto, lo que no siempre funcionaba del todo. Y cuando alguien recriminaba a los hisedianos por su juego, tildándolo de brutal, inútil o vejatorio para el

gremio canino, respondían ocurrentes que no era para tanto, pues quizá a veces «algún que otro chucho se les ha descrismado por no saber caer». Lo cual implica no sólo una cuestión de pura ciencia cinética, sino ahondar en el tema de las entrañas del lenguaje, tan importante y caro por estos lares. En el peculiar magín colectivo de los habitantes del pueblo debió haberse hecho fuerte la idea de que aquí los auténticos gilipollas son los perros, que no improvisan portentosas piruetas en el aire, esmorrándose que es una pena, es decir, una delicia para los más brutos de entre ellos. Realmente, les chifla ese entretenimiento. Claro es que como todo va por épocas, se dan largas fases de años en los que el *vuelancán* desaparece por completo, como esta última. Pero mientras quede no sólo el recuerdo, sino la misma esencia de la noción de ese recuerdo, si se quiere llámesela la tradición, los perros no estarán nunca seguros en Hiseda. Al menos por Fiestas.

Volviendo al mentado cambio de denominación... ¡ellos, tan hisedianos desde remotas épocas, pasar a llamarse de pronto hisedienses...! O, como se comentó por aquí... ¡esa mariconada de *hiseditas*! ¡Faltaría más! Y todo por esos inmundos legajos rebosantes de arpías intenciones. Ahí el tema les duele como herida purulenta cuya infección no se atajó cuando debía. Respecto a los autores –todos anónimos– de otros escritos que les llamaban impunemente «hisédicos» e «hisedetanos», qué decir si llegan a cogerlos. ¡La Virgen de Apañapalucos!, como se exclama en la zona cada vez que se fragua algo malo, a fuego lento pero sin pausa, como un buen cocidito montañés. Su propio nombre, Apañapalucos, indica el carácter emblemático de la susodicha Virgen: «apañar» y «palos». Que la lingüística y la semántica juntas no mienten. Cuando alguien decide currar a otro en nombre de algo relativo a la fe, malo. Pero si afecta a ciertas tradiciones, peor. Entonces hasta las becadas de aves cantoras parecen buscar cobijo allende los montes, y los rebaños, que estaban holgándose en la tupida hierba mientras le dan gloria a sus panzas, se muestran inquietos como ante

la inminencia de una tormenta. De noche, en los hogares, la luz parece menguar más de lo normal.

Aclaremos que desde época inmemorial la imaginación de estas gentes se canaliza, de manera no exclusiva pero sí cíclica y hasta fértil, en disertar acerca de las lindezas o truculencias –*verbigratia,* insultos y torturas– que habrían proferido, de poder capturarlos, a esa gavilla de réprobos malhechores empecinados, durante el transcurso de los años, en vilipendiar el buen nombre del pueblo y la próvida terquedad hisediana de sus habitantes. «¡Si empezaríamos con el nombre, se acabará en no se sabe qué!», arguyen ellos, iracundos, hinchado de venas el gaznate y vagamente estrábica la mirada. Pero se les pasa, porque, aunque no lo saben con conciencia plena, son lo único que se tienen. Esos entrañables vecinos, sí. Esos vecinos de los cojones, y sin embargo seres, rostros que son tú, porque son toda tu vida.

Es el momento de recordar tres dichos a la manera de refrán infraleve que constituyen el epítome del ser hisediano, diríase que un tanto aristotélico para algunas cuestiones pero indeciblemente rocoso para otras, contrarreformistas de hecho, y valga como indicación mentar que estas gentes todavía a veces cuentan por onzas y fanegas, midiendo, en ocasiones, por tantos o cuantos carros de tierra y tiros de honda. En efecto, son tres dichos que constituyen un siempre valioso y fresco manantial de donde beben cuando, sobre todo con la llegada de las heladas y el natural recogimiento en el caparazón de sus propias vivencias, les da por ponerse filósofos, amén de nostálgicos, y, para variar, parcos de palabra, a saber:

La vaca, tudanca.
El vino, tinto.
La mujer, callada.

A todo ello, y en concreto al tercer punto, habría que añadir que la población femenina de Hiseda nunca dio

muestras de especial animadversión por la frase aludiendo a su condición de mujeres, aunque parece probado que por lo general, al oírla, esgrimen una mueca así como de retintín, una especie de súbito torcimiento labial que confiere a sus rostros la oscura luminosidad que delata ciertos pensamientos de índole marcadamente taimada, o cuando menos anticipadores de funestos presagios y larvadas amenazas. Tampoco pareció importarles que les situasen justo detrás de las vacas y del vino tinto. Al menos eran medalla de bronce, llegó a comentarse con el tiempo. Pero protestar, que se sepa, jamás lo han hecho. ¿Añagaza, instinto de supervivencia? Quién sabe. Hay los chistosos que en el bar dicen que se están preparando «para la insurrección de las tías». También se comenta que éstos acostumbran a recibir sopapos reales en sus propias cocinas. Muy posible. Pero lo cierto es que sería justo y necesario añadir un cuarto dicho que los hisedianos emplean con frecuencia, y quizá sea lo que más les define:

Ojito ojito.

Tan precisa alusión referida al elemento ocular, pronunciada en diminutivo y por duplicado, nunca aislada o repetida tres veces, lo que sonaría casi a sacrilegio, suele aplicarse fundamentalmente a los recién llegados al pueblo que preguntan más de lo prudencial o conveniente y a aquellos que, aun de manera simbólica, desconociendo la escasa temperancia hormonal de los hisedianos ante determinadas tesituras sociales que ellos consideran fatigosos interrogatorios, parecen opositar con tenaz y candoroso encono a llevarse un soberano garrotazo en el momento menos pensado. Ya se sabe, por épocas el garrotazo podía ser tan real como la sangre misma, y en otras se traducía en un pétreo monosílabo. Donde hay, queda. Y claro, los desventurados sólo logran prevenir instintivamente el peligro en el momento en que el garrotazo sintáctico en cuestión o la somanta de palos

real les cayó encima de súbito. Así son las cosas en Hiseda, como siempre fueron, aún maquillándolas, o aparentemente desaparecidas. Donde hubo, habrá.

También posee considerable enjundia el secular «¡Ahí va la hostia!», que no es genuino de Hiseda, y que pudiendo derivar, como en otros enclaves, hacia el descriptivo «¡Hay va la hostia!», o el más quejumbroso «¡Ay va la hostia!», aquí –y no por arte de birbibirloque sino porque tenía que ser así– se convirtió en un escueto «¡Va la hostia!». O sea, para cuando te dabas cuenta ya la tenías encima.

Mas ahora las aguas, tras las tormentas otoñales, bajan revueltas por el sinuoso cauce del Pábenes, que riega de norte a sur el valle de Rantroño. También es la hora en la que grandes e inesperados acontecimientos se disponen a convulsionar el alma y los días de Serafín, el protagonista de nuestra historia. Conocemos, porque lo hemos visto, el marco físico en el que se moverá. Si se lo permiten, claro. Por un instante en nuestro relato cesa el trino de los mirlos y el cuclillo, ya no zumban las abejas entre el espliego o en las zarzamoras, todo queda impregnado de una espesa niebla, y los brezales, que otrora lucían su atractiva mezcla de tonos verde y rojo carmesí, lo mismo que el amarillo de la ginesta silvestre o esas flores imposibles que brotan entre las gándaras, se vuelven una mancha gris acerada y ondulante. Todo permanece en suspensión, incluso acústica. Únicamente, en los escasos ratos en los que sobre el valle se filtra algún tibio rayo de sol como una equivocación del cielo, Hiseda se ve flanqueada, o más bien cubierta, por una inmensa sábana de tono pajizo. Visto el paisaje desde lo alto acaso parezca un enorme y polícromo lienzo de tonalidades verdes y oscuras, todo él imbuido de una triste serenidad. Ahí, y en ese concreto momento, es donde va a aparecer nuestro héroe, o si se prefiere va a hacer su irrupción nuestro semihéroe, cuyo periplo nos atañe. Y va a hacerlo, nunca mejor dicho, como caído del cielo.

Último vástago de una familia a la que secularmente se conoció como los *Burros*, pues su apellido real era Burón y

siempre se dijo que tenían el carácter peleón, así como apostura guerrera. Serafín, por lo menos en términos anatómicos, nunca estuvo a la altura de los miembros más celebérrimos de dicha estirpe. Veedor impenitente y tranquilo de cuantos sucesos la vida le depare, es más bien menudo y de débil complexión, aunque, que recuerde, jamás estuvo enfermo de verdad. Lo que, como ocurre con «ojito ojito», quiere expresar «enfermo enfermo». Bueno, sí, de niño padeció un ataque de apendicitis y casi se muere, pero por lo demás, nada. En otra ocasión, en el colegio, cayó desde un muro al vacío. Cuatro o cinco metros. Perdió el sentido durante varios minutos, pero por lo demás, tampoco nada. Se pasa los inviernos tosiendo y los veranos con mareos y síntomas de deshidratación. Va tirando con su botiquín de medicamentos, o más concretamente, con su división acorazada de fármacos. Es especialmente hipocondríaco para lo de virus y bacterias, como se verá.

Estrecho de hombros, enjuto el tronco y brazos quizá demasiado largos, así como de estructura simiesca. Carece de vello, a diferencia de sus antecesores, quienes según dicen más que burros parecían osos. Con la piel exageradamente blanca, casi lechosa, de vivir en otra época de él hubiesen afirmado que tenía un aspecto linfático y que por allí, entre sus pulmones y su sangre, sin duda, medraba no sólo la dispepsia sino la tisis o el vicio, o quién sabe si ambas cosas juntas, pues a medio camino de los alvéolos y los leucocitos con frecuencia retoza el pecado. Serafín Burón tiene el cabello ralo aunque muy escaso, disperso sobre el cráneo en desiguales mechones laterales que antaño fueron un coquetón y oblicuo flequillo, y acostumbra a mesarse con ademán parsimonioso las puntas de un bigote ya con bastantes canas que una vez por semana recorta con diligencia de cirujano. Es su ritual. También él, sin saberlo, cree ciegamente en algunas tradiciones. Ese bigote, siempre proyecto de mostacho, se espesa o recorta según su estado de ánimo. Sería mentir, no obstante, que lleva más de un lustro con el bigote

y está lejos de parecerse a Emiliano Zapata o a Friedrich Nietzsche, de lo que se extrae que en su ánimo está algo nublo, o por lo menos muy alicaído. Vamos, que no se siente filósofo. Y eso es malo. Dijéramos que su espíritu es como esas bombillas que por algún defecto alumbran intermitentemente sin fundirse nunca del todo, y cuyo destino no parece ser otro que el de atacarnos los nervios.

Aunque él no quisiera reconocerlo, Serafín era culto y lo que se dice muy leído, de lo cual se ufanaba sin rebozo, pero sólo para sus adentros. Pese a haber estudiado Ciencias, con todo lo que ello implica, desde muy joven fue un impenitente devorador de textos que concernían a lo otro, las Humanidades. Sin ir más lejos, reconozcamos que su pasión por la obra toda de Galdós rozaba lo febril. Sumándole a eso su carácter reservado y hasta tímido, así como su aspecto vagamente desaliñado para lo que sugiere la etiqueta del pueblo, malamente podía lograr aquello a lo que en verdad aspiraba: pasar desapercibido. En efecto, para estas gentes, y pese a sus repetidos intentos de ir casi de incógnito por ahí, Serafín era un personaje estrafalario, como en el fondo consideraron en el pueblo a la mayor parte de los *Burros*, desde sus remotos ancestros hasta el propio *Burro* padre. Hubo un momento preciso en el que lo que pensaba Serafín de estas gentes era, ni más ni menos, lo mismo que ellos pensaban de él, teniéndole por uno de esos especímenes humanos en trance de extinción. Todos tenían su parte de razón, y lo que en verdad se extinguía era el siglo, pues aun sin saberlo estaban asistiendo a la demolición no lenta o repentina sino gradual hasta lo inconsútil de todo un Tiempo y un Lugar, siendo su destino último el país del Olvido.

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: octubre 2014

© Javier García Sánchez, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Printer Portuguesa Edifício Printer,
Casais de Mem Martins
2639-001 Rio de Mouro, Portugal
Depósito legal: B 16396-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-60-6
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-6108-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)